La accion de la Iglesia en el mundo de la salud

Francisco Álvarez, Religioso Camilo

La Iglesia, también en la sociedad secularizada y plural de hoy, tiene mucho que ver y hacer con la salud. He aquí algunos caminos por explorar y recorrer.

• ***Descubrir de nuevo la dimensión saludable y terapéutica del evangelio***

Sin que ello signifique volver a los esquemas de una religión útil y funcional, pero, al mismo tiempo, para que la salvación adquiera su espesor antropológico, su capacidad de hacerse historia con el hombre y de responder a sus verdaderas aspiraciones. Está en juego lo nuclear dentro del cristianismo: *¿cuál es Hoy su oferta de salvación?*

• ***Ahondar en el conocimiento de los recursos saludables y terapéuticos de la Iglesia***

Tal vez no exista otra institución tan relacionada como ella con la salud biográfica de cada individuo y de la sociedad, especialmente, como es obvio, de aquellos que se sienten miembros vivos de la comunidad eclesial. Para ello es preciso proponer y vivir la oración, la liturgia y los sacramentos como momentos determinantes en el itinerario de la salud hacia la salvación, como fuente de experiencias saludables y como recursos de plenitud y de curación. Esto significa también que habrá que revisar las propuestas morales promovidas a través de la transmisión de la fe, de la reflexión moral y, no en último lugar, del sacramento de la reconciliación, para que no se conviertan en unos factores patógenos para la vida de los creyentes. Asimismo es imprescindible presentar el rostro de un Dios aliado de la vida y de la salud del hombre, última posibilidad (y no rival) de la existencia humana.

• ***Que la acción evangelizadora no descuide nunca el objetivo salud***

Toda pastoral ha de ser sana y, por consiguiente, saludable. Lo será en la medida en que sea capaz de incidir sobre los valores, actitudes y comportamientos más directamente relacionados con la así llamada «salud conductual», la que remite al estilo de vida y a la cultura subyacente. En este sentido la relación del Evangelio con la salud es, en general, indiscutible. Basten algunos ejemplos. Las enfermedades provocadas por la injusticia o por conductas de alto riesgo, la patología de la abundancia, el vacío existencial, la incapacidad de comunicación, la soledad impuesta por la superficialidad o por la incomprensión, son capítulos importantes de

la *salud psicosocial. Y* habrá que preguntarse hasta qué punto una evangelización fiel a Dios y al hombre no habrá de ser eficaz en promoverla y, por tanto, en paliar tanto sufrimiento derivado de dichas patologías. Por otro lado, ¿cómo ignorar la relación de la acción pastoral con la *salud existencial?* Esta podría resumirse en la aspiración que habita en todo hombre: encontrarle un sentido a la vida. La ausencia de sentido, de hecho, es un factor generador de patologías, no sólo de orden espiritual, sino también de comportamientos destructivos, entre ellos el suicidio.

• ***Ofrecer la misma salud de Cristo***

Es evidente que la comunidad eclesial no ha recibido el encargo de repetir hoy las acciones milagrosas de Cristo en favor de los enfermos. Sin embargo la salud ha de seguir siendo uno de los signos privilegiados de la presencia del Reino en el mundo. Para ello es preciso que quienes curan y promueven la salud *en su nombre* se sitúen en su misma honda y se revistan de sus actitudes. Lo cual significa, entre otras muchas cosas, implicar al otro en su proceso terapéutico, potenciar sus recursos saludables y su voluntad de vivir (también desde el límite), atender todas las dimensiones de la persona y su mundo relacional, no descuidar las raíces últimas del mal, ayudar a encontrar razones para vivir y vivir con sentido, sanar la libertad herida, disipar las tinieblas de la mente y del corazón...

• ***Evangelizar la cultura actual de la salud***

La oferta de salud, en cualquiera de sus formas, está íntimamente ligada a la cultura. Esta comprende, obviamente, no sólo el concepto, la estima y la valoración de la salud. Se extiende también a la vivencia del cuerpo y de la corporeidad, de la vida y de la muerte, de la enfermedad y del sufrimiento. Se trata, en definitiva, de los «acontecimientos fundamentales» de la existencia; aquellos en los que el hombre construye lo sustantivo de su vida, decide su propia suerte y sentencia su futuro; por tanto, experiencias que pueden ser vividas pagana o cristianamente, constructiva o destructivamente. De hecho, todas ellas caen bajo el dominio de la fe, todas han sido iluminadas por la revelación de Dios y todas están orientadas hacia la salvación. La evangelización de las mismas plantea exigencias pastorales muy concretas. Sirvan como ejemplo: la catequesis de los sanos (es decir, antes de que sobrevenga la enfermedad), la educación en la fe de los niños, adolescentes y jóvenes a la solidaridad, a la vivencia cristiana del propio cuerpo, de la salud y de la enfermedad; la promoción de un estilo de vida más saludable y más acorde con los valores de la fe; el fomento de actitudes solidarias, como la donación de órganos, un uso más ecuánime de los recursos sanitarios, el respeto a la naturaleza, etc.

• ***Promover comunidades cristianas edificadas sobre la cultura de la comunión y de la solidaridad, capaces de acoger, de hacer vivible la vida, de sanar el propio tejido relacional***

En una sociedad tan caracterizada por síntomas patógenos es ciertamente complejo crear oasis privilegiados de vida saludable. Por otro lado, las comunidades cristianas no han sido especialmente sensibles a los recursos saludables y terapéuticos del Evangelio proclamado y vivido en su seno. Más bien los han ignorado. Sin embargo, de la mano del Evangelio de la salud, es difícilmente imaginable una comunidad al mismo tiempo cristiana e insana, tocada» por el Evangelio sin que esto afecte positivamente a su experiencia de la salud y de la enfermedad. Tal vez lo primero que haya de esperarse de una comunidad cristiana es que sea comunidad de contraste», donde se crean espacios de vida y de libertad, de comunión y de solidaridad; donde la salvación se traduce en experiencias saludables y solidarias; donde se reproducen los mismos gestos y signos de Jesús: amor y defensa de la vida y de toda vida, relaciones fundadas sobre la acogida recíproca y sobre la

misericordia y el perdón, atención preferencial a los más débiles, relaciones filiales con Dios y fraternas con el prójimo...

• ***Pastoral de la salud, pastoral de la esperanza***

El Evangelio de la salud, lejos de idolatrar la salud y escamotear la enfermedad, es un recordatorio permanente de que la salvación (el don esencial de nuestra existencia) no se ofrece únicamente a los enfermos y a los pecadores, sino también a los sanos y a los justos. Es decir, *también la salud necesita ser salvada;* también ella está orientada a la salvación última. La salud no es *la* salvación; pero Cristo nos la ofreció como una de sus traducciones y experiencias privilegiadas. Y así ha de seguir siendo por parte de la Iglesia, continuadora de su presencia y su misión en el mundo. Para ello es preciso, entre otras cosas, que también hoy la evangelización (desde la catequesis hasta la celebración de la liturgia) busque esa misma traducción de la salvación y que, al mismo tiempo, sepa poner de relieve la insuficiencia radical de todo lo humano; insuficiencia que se expresa de forma contundente en el hecho de que nadie puede salvarse a sí mismo, de que salud y enfermedad son siempre provisionales, mientras que la salvación es «lo» definitivo; de que la salud sin esperanza muere en sí misma. Pero, simultáneamente, la acción pastoral nunca será portadora de esperanza si no responde al deseo de vivir, aquí y ahora. «He venido para que tengan vida y la tengan en abundancia» (Jn 10,10).

• ***Salud para los más pobres***

En el designio cristológico de la salud se entiende fácilmente que esta haya sido ofrecida de forma preferencial (y pedagógica, no lo olvidemos) a los más pobres. Este ofrecimiento no fue el fruto de una determinada lectura sociológica, ni una opción coyuntural por parte de Cristo. Hoy haría exactamente lo mismo, seguramente en favor de enfermos afectados por otras patologías, y probablemente sorprendiendo a no pocos con su comportamiento. Así expresaría también hoy la «pasión por el hombre» y el plan de una salvación que busca la transformación del hombre entero y la superación de todo aquello que atenta o puede atentar contra la dignidad de los hijos de Dios. Así realizaría también hoy su plan de salvación. Pero, así también, nos indicaría con sus gestos terapéuticos —palabra puesta en obra— que la promoción de la salud de los más pobres es expresión privilegiada de caridad (AA 8) y, a la vez, señal privilegiada de una comunidad sanada, sana y sanadora.

Alvarez F., El evangelio de la salud, San Pablo 1999